

ALMA

Así me llamo yo, Alma. Soy una abuela nonagenaria. De mis muchos años vividos, he aprendido y compartido experiencias. La vida es como el mar, a veces está en calma, otras hay marejadilla y alguna tempestad con vientos huracanados se cruza en tu camino, pero como no hay mal que cien años dure, al final el mar vuelve a su ser, siempre con cambios.

¡Ay la vida! Hay que vivirla. Gotita a gotita va pasando el tiempo. Tan despacio... tan deprisa. La vas perdiendo segundo a segundo.

Yo, no la he desperdiciado. Mi vida ha sido apasionante, la he vivido a tope, en el buen sentido. Todas mis "batallitas", se las he ido contando a mi nieto Julio y él, las ha ido escribiendo y las ha recopilado para las generaciones venideras. Un legado familiar, que no hay que perder. En todas las casas debería de haber uno.

Siempre hemos tenido una conexión especial Julio y yo. Es una persona sensible y tiene una percepción de las cosas, que muy poca gente entiende.

Por cierto.... he pasado a mejor vida. ¡y que vida!

Gracias a ese canal que tengo con mi nieto, tanto en vida, como en muerte. Puede escribir estas líneas. Yo, en sueños le cuento mis experiencias desde mi dimensión y él que es abierto de mente, las escribe.

Todo el mundo se pregunta, que si hay vida después de la muerte. Pues claro que sí. Por supuesto, no tiene nada que ver, como cuando estamos vivos. Es diferente.

Cielo o infierno. En vida hay que procurar ser buena persona, entonces te recuerdan y te dan "vida" a su vez. Eso es el cielo.

Sin embargo, los que no dejan huella a su paso, los olvidan, eso es el infierno.

Esencia, alma, espíritu. La gente lo llama de muchas formas. En definitiva, somos ENERGIA. El cuerpo es un medio de transporte que nos dejan cuando llegamos. Y deberíamos de cuidarlo, porque nos tiene que durar toda nuestra existencia. Cuando

enferma, lo llevamos al taller (hospital) y lo reparan. Pero a lo largo de la vida se desgasta y no hay piezas de recambio. Sin nada llegamos y nos vamos empachados de vivencias. No nos vamos de vacío, como piensa la gente. Vivir es compartir y no precisamente dinero. Se comparte alegría, amor, valores, conocimientos. Qué felicidad poder dar todo eso a las personas y también da recibirla. Un intercambio. Cada día que pasa, las ánimas aprendemos cosas nuevas de los vivos. Y a los vivos les pasa igual. Estamos conectados.

Hace unos pocos años, reformando un santuario, encontraron el cuerpo de mi tátara, tátara, tátara, tatarabuela. ¡Qué alegría se dio ella! y los que la acompañamos. Su existencia ahora vale para los estudiosos. Así comprenden como se vivía por aquel entonces, sus costumbres, su comida, sus vestimentas, sus enfermedades, etc. Digamos que los restos de nuestra existencia, son como libros, para los que saben leer ese idioma. Y luego nos lo cuentan.

Cuando vivimos, pasamos de generación en generación, todos los conocimientos adquiridos, de tu propia vida y de nuestros ancestros, así como gestos, refranes, etc. Los vivos, no se dan cuenta, pero siempre están acompañados. Por ejemplo, a veces Julio hace gestos con la boca, igual que los hacía yo cuando vivía. Se da cuenta y sonrío y en su sonrisa, también está la mía, tiene un trocito de mí. De mi manera de ser, un poco irónico, también ha cogido un trocito. En fin, un pedazo por aquí, otro por allá, vas repartiendo semillas, para que den sus frutos y ya lo creo que los dan.

No solo mi familia se ha empapado de mí, si no, todos los que me han acompañado en mi existencia, incluso los extraños. Siempre se aprende de todo el mundo. Das y recibes.

El día que me “fui”. Que felicidad me dio ver a mis hijas y mis nietos, todos despidiéndose de mí, con tanto amor. Mis últimos días fueron como cuando una vela se va apagando porque le queda poquita cera, pues igual. Ya no tenía fuerza la llama para seguir encendida. Mis muchos años, ¡qué suerte haberlos vivido! las enfermedades, que ya no tenían cura y una suma de complicaciones, un buen día se apagó la vela.

Mi paso a la otra dimensión, no fue nada estresante.... me explico. Es como coger una gran bocanada de aire y cuando lo sueltas, al momento ves que has abandonado tu cuerpo. Y el ser, se expande por todo el universo. El cuerpo no sirve para nada. Está roto por todas partes, no hay remiendo que valga.

¡Qué felicidad! Ya no duele nada. Ni tienes preocupaciones, ni te rompes la cabeza por cosas que tienen poca o nada de importancia. Tan solo te expandes y es como si abrazaras al universo entero. Flotas en el ambiente, como si una suave brisa te meciera y te cantara una nana.

Eso sí, el día que te vas y bastante tiempo después, ves a los tuyos, nietos, hijas y a todos los que me quisieron en vida pasar el duelo pertinente. Julio se quedó sin energía, deambulando por la casa, como si fuera un espíritu. (Estaba más muerto que yo). Mis hijas, tanto que habían sufrido, verme apagarme poco a poco, también estaban ahogadas en su tristeza. Pero yo no perdí la esperanza. El tiempo todo lo cura. Y al final comprendieron, que mi tiempo se había agotado y que estaría mejor donde estoy ahora.

Cuando pasas a la otra dimensión, la llama que se apagó en su momento, resurge en todo su esplendor, para ir calentando las almas de tus seres queridos y de alguna forma hacerles comprender que, nada se acaba. Todo sigue igual, pero con cambios. Yo velo por ellos todos los días y los acompaño y yo sé, que ellos me tienen siempre presente.

Así que disfruta de tu vida plenamente. No tengas miedo de los muertos, somos amor puro y sonrío a la vida.

Siempre hay alguien caminando a tu lado con amor.